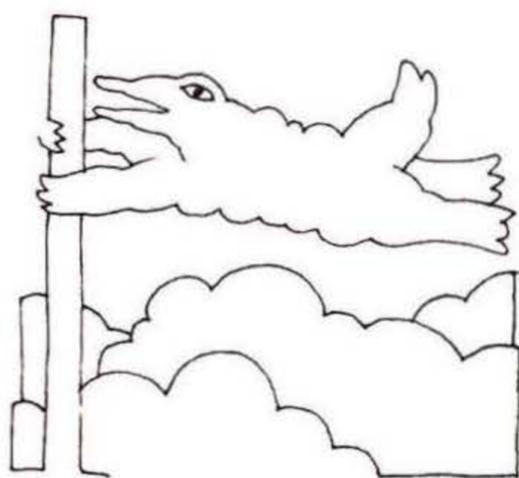


las palabras, aunque sea para contradecirse. [...] Para expresar mi manera de ver las cosas he tratado de entregarme a una "racionalidad mágica", que se saliera de las estrechas mallas de las causas y los efectos, que buscara la imagen y la metáfora más allá de la sistemática corroboración de un concepto. [...] Era pues el único camino posible para hablar el lenguaje académico más allá de la académico, con el íntimo convencimiento de que, como decía Nietzsche, hay que ver la ciencia con los ojos del artista y el arte con los de la vida. [pág. 17]

Nos sentimos, pues, más aliviados al contemplar que su mismo autor ha captado la contradicción que sentirá todo aquel que lea este libro (ganador del concurso de ensayo "Bogotá, una ciudad que sueña" en 1996). Esto es: la que puede generarse cuando se reduce hasta lo grotesco su mensaje catalogándolo como "un análisis racional sobre la necesidad del juego". Lo cual puede verse de dos maneras muy distintas: la primera es que, a los ojos de una sociedad basada en la razón, este libro resulta tan útil como un tratado de arte amateur podría serlo para un impotente ciego; la segunda es que este libro contiene un valioso intento de encontrar una transición hacia lo lúdico, luego de que la razón pretendiera el monopolio del saber humano. En resumen, un grito para que los humanos seamos una vez más no sólo capaces de arriesgarnos a visitar el laberinto, sino también de disfrutarlo.



Quizá por ese deseo de enfrentar a la razón consigo misma, buscando herir su pretensión absolutista, muchas de

las "armas teóricas" que escoge están tomadas de entre lo más "puro" del pensamiento occidental, desde los mitos griegos y sus arquetipos, pasando por teóricos capitalistas y marxistas, Platón y la tradición judaico-cristiana, Hegel y Deleuze, sin olvidar a ese "gran racionalizador" que fue Freud, ni a Nietzsche (especialmente el Nietzsche que es Zarathustra, esto es, el Nietzsche cercano a la demencia o, lo que es lo mismo ante los ojos de la razón, el Nietzsche sin miedo a contradecirse).

No resulta demasiado exagerado afirmar que este libro pretende vulnerar las bases de un sistema de pensamiento, que a su vez es cimiento de todo un sistema social, y en tal intento no hace caso de barreras preconcebidas. Tan polifacético como su autor (quien además de economista ha sido prestigioso, teatrero y presentador de feria), el hilo del discurso recorre temas tan variados como la concepción del tiempo y el espacio, las construcciones sociales y su relación con el instinto de muerte y el sentido de la "culpa", la "libertad" y la "igualdad" del mercado como reflejo del terror ante la existencia, el disfrute del misterio, entre muchos otros.

Finalmente, ante tal variedad de temas interconectados, nos encontramos en la situación de quien recorre un laberinto construido con espejos: cada imagen es el reflejo de otra que a su vez forma un recodo del camino, por lo que después de muchos tropiezos y más de un vidrio roto, finalmente dejamos de obsesionarnos con hallar la salida, de encontrar aquel objeto del cuál se reflejan todas las imágenes, y descubrimos que la mejor manera de comunicarnos con el exterior es el laberinto mismo.

Es un libro denso en ideas, sin que ello impida captar un sentido de actividad lúdica que se justifica a sí misma, quizá porque toma elementos de una visión del mundo a la que sólo por prejuicio podría llamarse superada, pero que sin duda alguna sí ha sido olvidada.

El juego en sus orígenes es actividad sagrada, relación privilegiada para entrar en contacto con el mundo de los dioses, entrega a la apariencia de lo sensible, para llegar

a lo profundo que se esconde bajo la superficie de las cosas. [pág. 135]

Lo cual, por cierto, no está muy lejano de una concepción platónica del arte como entrega a los fenómenos en un intento de hacer visible lo eterno, del artista como mediador entre el mundo material y el espiritual: un ser híbrido entre la sensibilidad y las ideas.

Jugador y artista: Artista-jugador.

Al leer este libro, uno siente que constituye el inicio de una *Weltanschauung*, una visión personal del mundo no aún del todo madura pero que en un futuro llegará a tener una solidez propia que la hará perturbadoramente atractiva. Este libro tiene la promesa del vértigo y ésa es, al fin, la única prueba de que no se está ciego.

ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

Reedición

El poder político en Colombia

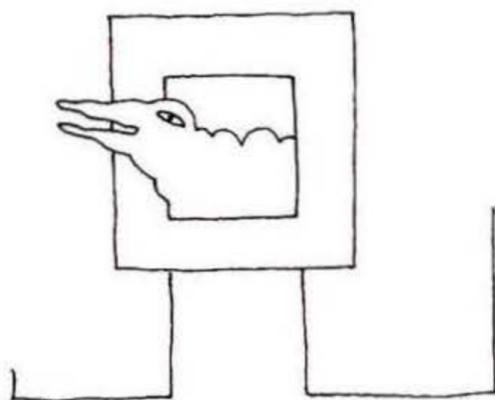
Fernando Guillén Martínez

Editorial Planeta, Bogotá, 1996, 594 págs.

No es casual la reedición del libro de Fernando Guillén Martínez. La dimensión de la coyuntura política de los años noventa, la crisis de los partidos, la nueva legislación que promueve mayor participación de la gente en los asuntos públicos y la sensación común de vivir en un país desdichado, actualizan el modelo y las tesis que Guillén dejó planteadas en la primera edición del libro, en 1979. Son conclusiones duras, a veces amargas. Se trata, a fin de cuentas, de la aceptación de una situación anómala que nadie, desde la cúpula del poder, se atrevió a modificar, sino más bien a valerse de ella, a explotarla y estimularla hasta el punto de llegar a constituir el elemento principal de la cultura política nacional: la sumisión, la incondicionalidad política y el caciquismo, término con el que se designó por mucho tiempo al clientelismo.

Guillén Martínez escribe en un momento en que predominaba en el am-

biente académico universitario una concepción amarrada a un esquema vulgar del marxismo en que los factores económicos tenían supremacía sobre los político-culturales. El autor opta por un amplio procedimiento histórico-sociológico en donde el marxismo es una herramienta más entre las que dan cuenta de la génesis del poder político en Colombia. Incorporando al análisis conceptos traídos de la antropología y la psicología, la narración histórica se nutre de un nuevo vocabulario y promueve un novísimo enfoque para su época. Vale la pena mencionar dos fuentes teóricas claves, a las que apela Guillén Martínez, para comprender sus tesis: 1o. Los conceptos desarrollados por Abran Kardiner y Ralph Linton sobre la estructura de la personalidad básica como consecuencia de la acción de los sistemas proyectivos engendrados por los sistemas integradores claves de una sociedad. (*Fronteras psicológicas de la sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955); y 2o. Los planteamientos de A. Tocqueville acerca de las asociaciones voluntarias y su incidencia en la conformación de la democracia norteamericana.

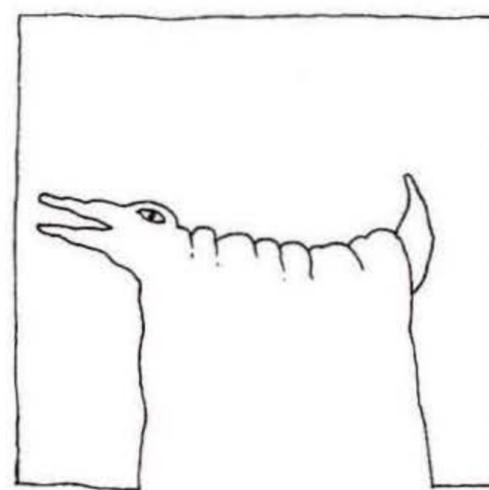


Guillén parte de las asociaciones creadas a lo largo de la historia colombiana como modelos para explicar la antidemocracia que ha caracterizado la política en el país. Busca en la historia nacional las formas de asociaciones formalmente no políticas pero que, según él, condicionaron la participación de los colombianos en los asuntos públicos. Se remonta a la Conquista, a las tradiciones y contemporaneidad tanto de los colonizados como de los colonizadores y encuentra en la encomienda sus raíces. Para el autor, la participación en las decisiones políticas, desde la colonia y a través de la encomienda, se relaciona con el grado de *sumisión*

ilimitada que cada individuo muestre hacia los grandes poderes y con la complicidad que desarrolle a su favor. Anota Guillén que “dentro del ámbito psicosocial de la encomienda la movilidad social no se produce ni tiende a buscarse mediante la emancipación de los individuos respecto de los valores autoritarios y paternalistas, sino al contrario, asociándose estrechamente con ellos, en un proceso de enmascaramiento y mimetismo que otorga a todos la esperanza de llegar a niveles superiores por medio de la sumisión” (pág. 108). En su modelo explicativo, la encomienda engendra la hacienda como estructura asociativa dominante del poder político. Empero, su tránsito no es fácil. Se impone una vez derrotada la Rebelión de los Comuneros y se desmantela el ejército bolivariano después del golpe de Melo en 1854. La Rebelión Comunera de 1781 significó, para Guillén, la resistencia popular de formas de asociación que se habían ido configurando de manera independiente de la encomienda y de la hacienda. No fue por eso casual la relativa victoria de los comunes en Antioquia y el fracaso en Santafé. Después de extirpado el movimiento comunero, los hacendados establecieron un poder absoluto sobre las ruinas del modelo socorrano de pequeños propietarios asociados en el *Común*.

Para el autor, la Independencia no significó cambios en la estructura del poder político. Los hacendados colombianos salieron adelante después de tensiones producidas por los estilos y procedimientos que Simón Bolívar intentó introducir en los canales de ascenso social e influencia política. La aceptación del ejército libertador como la herramienta esencial en la guerra de independencia significaba aceptar, por lo menos en parte, lo que representaba en Venezuela, su territorio de origen: “una fuerza democrática y un canal de movilidad social ascendente que había configurado la primera y única de las asociaciones integradoras de ese país” (pág. 270). Aunque en la Nueva Granada no significó lo mismo, por tener Bolívar que aceptar a los generales-hacendados granadinos que luchaban contra España (José Hilario López y Tomás Cipriano de Mosquera, entre otros), muchos hombres ascendieron social y

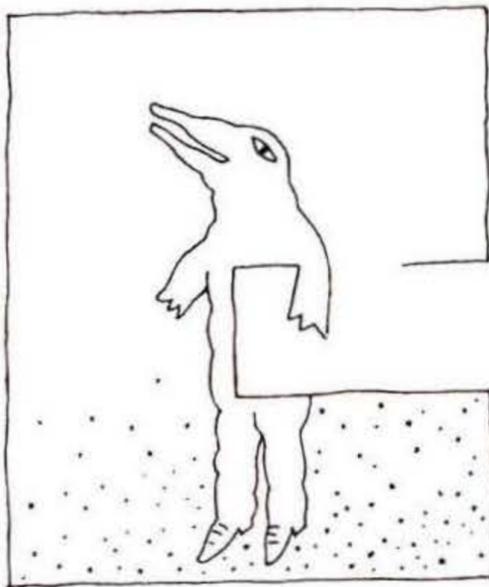
políticamente gracias a las posibilidades que brindaba el nuevo tipo de ejército (Melo y Córdoba, por ejemplo), hasta constituirse en una forma autónoma de asociación para el poder, incongruente con las motivaciones y conductas de los generales-hacendados. En esa dirección el golpe de Melo de 1854 “representa el momento culminante en el cual choca la estructura asociativa de la hacienda, fortalecida por la exportación del tabaco y vinculada a los poderes neocolonialistas externos, con dos rivales bien característicos: las asociaciones no proletarias de artesanos y la burocracia del Ejército Permanente que ya se creía vencida un cuarto de siglo atrás” (pág. 330). O lo que es mejor: un alinderamiento de la sociedad colombiana entre formas de asociación, en donde sale vencedora la hacienda.



A lo largo del libro, el autor va introduciendo al lector en las formas de asociación configuradas de manera independiente de la hacienda: las regiones de Santander y Antioquia. Si bien la primera fue sometida después de la derrota comunera, la segunda, gracias a que permaneció fuera de las grandes vías de comunicación y separada del resto del país por ríos y montañas infranqueables, canalizó su energía asociativa en la colonización antioqueña construyendo, a través de ese proceso, mecanismos de participación social determinados por *el interés común y por la autonomía individual de los miembros de sus comunidades*. La colonización antioqueña, señala el autor, otorgó a la pequeña propiedad territorial un valor simbólico de poder social distinto. Aquí no se trató de una sujeción inevitable entre latifundista y minifundista. El antioqueño (mazamorrero, pequeño comerciante,

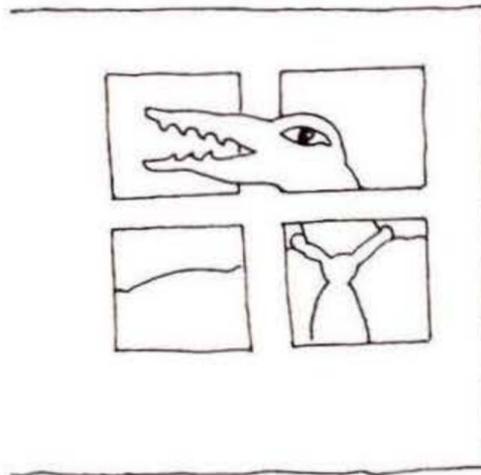
arrieros, artesanos), para llegar a poseer su pequeña propiedad pasó "por el tamiz de una economía monetaria. La tierra se compra o se obtiene mediante el trabajo del desmonte y de la repartición comunitaria" (pág. 379). De tal manera que el poder político en Colombia es la confluencia de dos mundos, de dos herencias: la hacienda y la colonización antioqueña, sólo que ejercido con tendencias oligárquicas. "Al paso que la estructura hacendaria recibe la enérgica impulsión mercantil de Antioquia y su capacidad de ahorro, aporta las fuerzas políticas que garantizan el sistema y mantienen el privilegio como forma normal de apropiación del poder y de la riqueza" (pág. 431).

La tesis de Guillén Martínez en el sentido de que no es el dinero el que crea el estatus en Colombia sino el poder político y no, como podría pensarse, "en función de la articulación social a los medios de producción" (pág. 316) es muy sugestiva. Valdría la pena experimentarse como variable en futuras investigaciones que apunten a esclarecer el papel desempeñado en la historia política del país por personalidades como Alberto Lleras Camargo, Carlos Lleras Restrepo, Laureano y Álvaro Gómez, entre tantos.



El texto sociológico de Guillén peca por sus generalizaciones. De un momento a otro, los partidos políticos se convierten en una sola cosa, y la historia toma el sabor amargo de confabulación de unos contra otros. En su opinión, Rojas Pinilla es obligado a tomar el poder por las elites de los partidos dando la impresión de una homogeneización política por arriba, como si

se tratara de elites unidas y estructuradas. No es eso lo que ha caracterizado el ejercicio de la política en Colombia, sino la fragmentación que hizo del golpe de Rojas la expresión de unas elites y de la imposición del Frente Nacional la expresión de otras.



De la misma manera como las asociaciones de los gremios económicos han modificado el sistema político, el autor veía con buenos ojos la configuración de nuevos modelos asociativos populares que permearan e incluso modificaran y amenazaran el funcionamiento de la estructura centralista elitaria del Estado colombiano. Así, saludaba el surgimiento de los sindicatos laborales y demás agrupaciones que incidieran "sobre el comportamiento y la mutación de valores de la sociedad colombiana contemporánea" (pág. 479).

Desde la publicación del libro hasta la fecha los colombianos han presenciado y padecido el surgimiento y desarrollo de diversos tipos de asociaciones incluso de carácter popular y antielitario, que si bien han influido en la vida pública nacional, no condujeron al mejoramiento de la sociedad, como lo soñara Guillén Martínez. Esos nuevos modelos asociativos han tenido que ver con organizaciones guerrilleras, paramilitares, del narcotráfico, bandas juveniles, etc. Se ha presenciado sí, aunque con dramaticidad extrema, mayor participación de los colombianos en la vida política de los municipios a raíz de los cambios que introdujo la nueva Carta constitucional de 1991. Participación que, infortunadamente, se estrella día a día con un enmarañado tejido social saturado de criminalidad y subversión.

CÉSAR AUGUSTO AYALA DIAGO
Universidad Nacional de Colombia

Ricos y famosos

Empresarios colombianos del siglo XIX

Luis Fernando Molina Londoño
Banco de la República-El Áncora
Editores, Bogotá, 1998, 187 págs.

De los cinco empresarios estudiados por Molina, cuatro son antioqueños y uno italiano, "quien nunca adquirió la nacionalidad colombiana aunque sí la ciudadanía cartagenera" (pág. 74), además de haber sido socio importante de la empresa El Zancudo y pionero comercial en el Chocó. Podría decirse, entonces, que estamos ante un texto sobre empresarios antioqueños que, además, actuaron hasta bien entrado el siglo XX: Carlos Coriolano Amador (1835-1919), Leocadio María Arango (1831-1918), Pepe Sierra (1847-1921), Marco A. Restrepo Jaramillo (1889-1964), a quienes se suma el genovés Juan Bautista Mainero (1831-1918).

A través de la descripción de estos cinco casos, el autor esboza una definición del empresario como tipo social, pues los personajes escogidos ilustran "los métodos que algunos colombianos utilizan para crear empresas, hacer plata y administrarla" (pág. 9). La expresión "empresarios colombianos" empleada en el título tiene mucho sentido; "empresarios antioqueños" habría introducido un matiz ajeno a la tesis central del autor: "En la costa Atlántica [...] se observan tendencias muy similares a las de Antioquia en el comportamiento de la elite dedicada a empresas y negocios. Prevalece la familia y los lazos de consanguinidad [...] Mientras en Antioquia el comercio y la minería fueron el motor que impulsó la banca, la agricultura y la industria, en la costa el comercio ultramarino y regional creó las condiciones para el desarrollo de otros sectores como el agropecuario, minero, transportador y manufacturero" (págs. 17-18). Desde este punto de vista, y coronando una tendencia revisionista bien establecida en los años sesenta, los estudios de Molina superan, definitivamente, la noción de la excepcionalidad antioqueña en el mundo empresarial colombiano. Las diferencias que pueden establecerse entre